

LA TEORIA MARXISTA DE LA TRANSICION

(Respuesta a Rudolf Bahro)¹

Por JOSE MARIA RIPALDA

I

Una gran incertidumbre domina hoy las previsiones con intencionalidad revolucionaria que tratan de ordenar estructuradamente el mayor número posible de variables. Incluso se cierne sobre los intentos de revolución que se consideran a sí mismos como logrados. Ciertamente el planteamiento radical del problema de la transición distingue al marxismo de otras teorías de la revolución. La incapacidad también del marxismo por darle una resolución satisfactoria, se manifiesta en la división patente del comunismo internacional y en la inseguridad y desaliento que corroen la sustancia del marxismo español, pese al optimismo oficial de sus *establishments* de partido.

Se ha hecho corriente la crítica de que Marx y Engels sobrevaloraron el nivel de las fuerzas productivas, situando al alcance de la vista un comunismo de la riqueza. Los países en que se ha impuesto la revolución no han conseguido dar el paso decisivo hacia el socialismo: el capitalismo —la apropiación privada de los medios de producción— ha sido erradicado en ellos como sistema; sigue el capital como proceso de autovaloración del producto

(1) BAHRO, Rudolf: *La alternativa*. Crítica del socialismo realmente existente. Materiales. Barcelona, 1979. La estructura del título está calcada provocativamente de la de *El Capital*. Crítica de la economía política, para indicar cuál es la tarea actual de los países en que se ha realizado la revolución anticapitalista. Bahro se encuentra en prisión actualmente en Alemania Oriental. Su libro se publicó por primera vez hace dos años en Alemania Occidental por la Europäische Verlagsanstalt (Köln, Frankfurt M.) bajo el mismo título (*Die Alternative*). En sucesivo se citan entre paréntesis sin ninguna otra indicación las páginas por la edición castellana.

acumulado del trabajo, al que se hallan subordinados sus productores; con el sigue la preeminencia de su administrador directo, la burocracia. Fenómenos «secundarios», como la persistencia general del destajo y los tres turnos, y menos secundarios, como la indefensión y el distanciamiento del conjunto de la sociedad ante un proceso que sigue sin poder controlar, caracterizan hoy en día al «socialismo real» (2).

En los países en que el capitalismo sigue imponiéndose, la revolución se produce esporádicamente, por sorpresa (al menos de casi todos) o se producen involuciones terribles que al parecer ningún análisis marxista es capaz de conjurar.

El «disidente» Rudolf Bahro —a diferencia de otros «disidentes», un *comunista*— (3) ha señalado los siguientes puntos débiles en la concepción marxiana de la transición revolucionaria al socialismo:

1) El utopismo con que sobreestimó la madurez de los presupuestos para el comunismo, sobrevolando rápidamente las etapas intermedias (p. 36).

2) El no haber previsto ni las capacidades expansivas aún latentes en el capitalismo (mediante el incremento tecnológico de las fuerzas productivas, la importación de capital del Tercer Mundo, etc.) (p. 51), ni los problemas de la burocratización y la desigualdad del desarrollo que iban a surgir también tras la revolución (pp. 36, 246, 249, 256).

3) A los ojos de Marx la tarea posrevolucionaria de reorganizar comunitariamente todo el proceso de producción no tenía que ver con la dictadura del proletariado (p. 37). El tema del Estado pertenecía, por así decirlo, a la política exterior de la revolución, cuyo campo fundamental es la produc-

(2) (193, 237, 244). Pese a ritmos menores de producción, el destajo en la Europa comunista reproduce el mismo trabajo enajenado bajo el capital. Así lo ha descrito crudamente un húngaro perseguido: Miklós Haraszti, *Darrabér* (Destajo) (traducción alemana: Stücklohn. Berlín: Rotbuch, 1975). En cuanto a las relaciones entre planificadores y planificados, en la D. D. R. se podrían calificar, por ejemplo, de mutua tolerancia. Así lo refleja la importancia que cobra la ironía como forma social de expresión, verbigracia en la magnífica novela feminista y comunista de Irmaud MORGNER, *Leben und Abenteuer der Trobadora Beatriz* (Vida y aventuras de la trovadora Beatriz). Berlín, Weimar: Aufbau, 1974.

(3) Este título le ha sido ásperamente discutido por una recensión en «Beiträge zum wissenschaftlichen Sozialismus», 1978, n.º 1, págs. 21-38. Ya las diferencias entre dos «renegados» como Kautsky y Korsch bastan para quitar interés a ciertas definiciones. El caso se puede dejar abierto sin más. Desde luego, Bahro no es un mero liberal.

ción. A este último nivel no intervenía el Estado, pensado como el clásico Estado burgués del capitalismo competitivo (p. 50). Lo que ha resultado, en cambio, parecer ser la absorción de todo, también de las tareas de reestructuración económica, por el Estado. Incluso en el buen sentido, la maquinaria estatal ha jugado parcialmente en los países del «socialismo real» el papel de motor principal del progreso (p. 46), mientras que en los países capitalistas el Estado sigue siendo el valladar insalvable ante la revolución. Por tanto, la organización de la revolución en Occidente se ve obligada a remodelar toda su estrategia, en la imposibilidad de un ataque frontal a esta fortaleza; pero en la misma situación se halla también «la minoría de comunistas» (p. 14) en la Europa llamada comunista, que tratan de llegar a la primera fase hacia el comunismo, el socialismo, ante el que se ha estancado el «socialismo real».

4) En este sentido Marx habría sobreestimado la importancia de la propiedad privada capitalista, descuidando el hecho de que el fenómeno más antiguo, más amplio de enajenación es el Estado y no la propiedad privada (ejemplo: las Pirámides). En *El Capital* el puesto del Estado es excesivamente secundario (y el tema de la enajenación ha quedado arrinconado en la relación de valor). Aquí aflora ya claramente una estructura lógica fundamental en Marx: su hegelianismo o, si se quiere, antihegelianismo; en todo caso su cercanía, más o menos polémica, a Hegel. Así como Hegel hacía de todo el mundo económico la realidad inesencial producida por la idea del Estado, Marx invierte la situación haciendo del Estado mero producto de la realidad determinante y verdadera: el modo de producción (p. 52).

5) Además, también según Bahro, para Marx «la propiedad capitalista, es decir, la enajenación capitalista, contiene negada y asumida toda enajenación anterior» y, por tanto, basta con centrarse en ella para comprender perfectamente el punto por el que se hará la transición al comunismo. La Europa del siglo XIX, que se halla a la cabeza de esta revolución, resulta, por tanto etnocéntricamente absolutizada, también como en Hegel. Es la imagen hegeliana de un proceso unilineal e irreversible como una línea de nudos, una sucesión inexorable de transiciones (pp. 52 y sig.).

6) De ahí se deriva la incapacidad de comprender con precisión la importancia de los restos, muy importantes, de formas de producción anteriores, presentes incluso en el interior del capitalismo europeo. Lo mismo vale para los restos enormes del capitalismo que tienen que quedar y han quedado tras «la revolución». La supresión de la propiedad privada sobre los

medios de producción no basta —no ha bastado— para lograr la «emancipación».

7) El joven Marx había esperado muy hegelianamente, por inversión dialéctica, la subversión total a partir de la clase que yacía en la miseria total. Ciertamente la realidad de la Comuna de París había mostrado que el único modo de acabar con la opresión era la conquista del Estado por una clase que ni fuese explotadora ni pudiera pretender explotar a las otras (*La guerra civil en Francia*). Pero la unión de filosofía y proletariado por el joven Marx se iba a revelar tan despótica como el tercer estado de 1789 (continuando en nueva forma el despotismo tradicional de los trabajadores intelectuales sobre los manuales) (pp. 49, 224-232).

8) En este contexto Marx compartiría con Hegel sobre todo, aunque invirtiéndola, la estructura metódica de la unión entre lógica e historia (p. 51). Por consiguiente, para él lo que había llegado a ser claro lógicamente —la superación del capital— tenía que realizarse en la realidad y en seguida.

9) Por último, Bahro pone en cuestión radicalmente el mismo núcleo de la concepción marxista de la transición: el que toda época se constituya inmanentemente por las mismas contradicciones que la disuelven no significa la garantía de una superación; lo más probable es que simplemente resulte destruida, como el Imperio romano, sin que por eso surja una fase superior; en todo caso, si esto ocurre, será merced a la intervención de factores alienígenos como, en el ejemplo citado, la invasión de los bárbaros. La fe en la superación infalible, inmanente, del capitalismo carece de fundamento.

Consecuentemente el «socialismo real», cuya referencia teórica es Marx, no ha respondido precisamente a los objetivos que propuso éste, sino que meramente ha proseguido el camino capitalista. La supresión de la propiedad capitalista de los medios de producción no ha significado la apropiación positiva de la riqueza social por los productores asociados libremente. Estos siguen estando disciplinados por y para la autovaloración del capital; donde predominaba todavía un modo de producción precapitalista, la revolución se aplica a crear —o a generalizar (como en el caso soviético)— esa disciplina saltando todos los plazos posibles. La revolución como comadrona del capital. Por tanto, en ella se acusa la carencia de un horizonte verdadero de realización humana, se prosigue la destrucción de las bases de la vida en el planeta y se fomenta un tipo de desarrollo correlativo de una catastrófica hambre que se perfila en un tercio del planeta (p. 10). La posición de Bahro aquí se podría resumir: electricidad no es igual a comunismo; o incluso:

industrialización es incompatible con libertad. El pasaje que cita Marx (4) es explícito, pues Marx toma el ejemplo de los negros de Jamaica, emancipados del negrero y del capitalista, y por tanto, vagos y felices, sólo que a la vez considera que el desarrollo de las fuerzas productivas traído por el capitalismo es la base de un comunismo de la riqueza; otra vez aquí la problemática transición inmanente.

II

Bahro ha planteado con tal decisión problemas centrales del marxismo como instrumento de transformación —no directamente como crítica de la ideología o nueva *Weltanschauung*—, que obliga a poner en un primer plano temas que desde los tiempos de Lukács y Korsch vienen insinuándose sin llegar a adquirir la plena audiencia de los revolucionarios e incluso se enfrentan a un muro de hostilidad en el marxismo ideológico institucional de la Europa socialista (es decir, presocialista o «protosocialista», como dice Bahro).

El marxismo de los movimientos obreros europeos se caracterizó pronto no sólo como fuerza opuesta a las ideologías en el poder —sobre todo las burguesas—, como factor revolucionario de concienciación e instrumento de lucha, sino además como alternativa ideológica de un nuevo orden social. Frente a las ideologías (5) establecidas el movimiento obrero necesitaba de una bandera, de un signo ideal de reconocimiento. Más allá de esta necesidad se encontraba también no sólo la de hacer la revolución, sino la de constituir un nuevo *establishment* para sostenerla y hacerla avanzar. En este caso la bandera se convirtió lógicamente en una ideología opuesta a la de los *establishments* tradicionales: el «marxismo», convertido en «materialismo histórico» y «materialismo dialéctico».

Ahora bien, ¿qué era en realidad el «marxismo»? : 1.º unas líneas de crítica de la ideología; 2.º una hipótesis (6) referente a los modos de producción como categoría histórica fundamental, y 3.º una deducción sistemática

(4) (32 s.) *Grundrisse*, págs. 231 s.: OME (*Obras de Marx y Engels*), t. 21, páginas 266 s.

(5) Entiendo aquí por ideología toda concepción de la vida —prescindiendo de su valor de verdad o falsedad—, en cuanto no es consciente, crítica frente a sí misma, ya sea por su carácter espontáneo o también por cristalización directa de intereses.

(6) Entiendo aquí por hipótesis no una suposición arbitraria, sino un presupuesto fundamentado de trabajo que debe ganar su contenido y confirmación en su aplicación a la realidad.

del *concepto* de «capital» a partir de las categorías clásicas de la economía política. En esta deducción se fijaba la relación de clase, la lucha entre capitalista y obreros, *al nivel de la producción*. En su crítica de la ideología, Marx logró descubrir convincentemente el nivel de la producción como fundamental; en cambio no logró *desarrollar* a partir de esta base cómo incidía ese nivel básico y su posible revolución sobre los otros niveles (sociedad, instituciones). El «marxismo» contenía por consiguiente: *a)* un elemento teórico-crítico de carácter general; *b)* una hipótesis a desarrollar para la historia y el presente, y *c)* una anatomía precisa de los antagonismos fundamentales al nivel *exclusivamente* económico (7).

Estos tres puntos incorporaban una gran riqueza de elementos teóricos que Marx había tomado sobre todo de la tradición hegeliana-feuerbachiana. Directamente de Feuerbach procedían las ideas de «base», «materialismo», «enajenación», «praxis», reconversión de la filosofía, «inversión» de la «mixtificación» idealista, o, lo que es lo mismo, «inversión» del «sujeto» en «predicado» y viceversa (8). De Hegel, sobre todo el tema del «trabajo» (en Hegel «trabajo del concepto»), y, vinculado a él, el de la «dialéctica», con todo lo que esto significa para enfocar el tema de la revolución como transición y en general el de la historia como sucesión abierta de modos de *producción*. Incluso, leyendo el manuscrito de Kreuznach, se tiene la impresión de que a través de la concepción hegeliana del Estado (sobre el trasfondo de «la voluntad general» de Rousseau) Marx ha recibido la idea de una clase no sólo particular sino universal en sí misma; sólo que en Hegel lo fue la administración y en Marx el *proletariado*. Pese al metabolismo a que estas categorías han sido sometidas en la vida de Marx, es evidente la sustancia epocal de su pensamiento, como de cualquier otro; por consiguiente, invita a la discreción a la hora de ponerla exclusivamente bajo un nombre propio y a canonizarlo frente al avance posterior de la historia. Más aún, hay que tener en cuenta lo dispersa que tuvo que ser la actividad intelectual de Marx en las crueles condiciones en que se le obligó a vivir (9).

(7) Este exclusivismo hace poco apto al «marxismo» como ideología o cuasifilosofía, según explico brevemente *infra*. El tema lo he desarrollado algo más extensamente en «La naturaleza teórica del marxismo», artículo dentro de un curso colectivo de marxismo, que será publicado en breve por la Fundación de Estudios Marxistas (F. I. M.), Madrid.

(8) Para una fundamentación de estas dependencias conceptuales y terminológicas, cfr. el aparato de notas a mi traducción de los escritos juveniles de Marx (1843-1844) en el tomo 5 de la edición OME.

(9) No es este el momento de tratar del «marxismo-leninismo». En esta segunda versión ha ganado con la concreción histórica de la primera gran revolución proletaria y su *establishment* subsiguiente; el Estado ha entrado vigorosamente en su campo

En los *Grundrisse* Marx había expuesto un plan mucho más amplio que el que realizaría *El Capital*:

1) Las determinaciones abstractas generales que corresponden, por tanto, en mayor o en menor medida, a todas las formas de sociedad, pero en el sentido antes indicado. 2) Las categorías que constituyen la articulación interna de la sociedad burguesa y sobre las que descansan las clases fundamentales. Capital, trabajo asalariado, propiedad de la tierra. Su relación recíproca. Ciudad y campo. Las tres grandes clases sociales. Intercambio entre ellas. Circulación. Crédito (privado). 3) Resumen de la sociedad burguesa en la forma de Estado. Considerado en relación consigo mismo. Las clases «no productivas». Impuestos. Deuda pública. La población. Las colonias. Emigración. 4) Relaciones internacionales de la producción. División internacional del trabajo. Intercambio internacional. Exportación e importación. Cotización en el intercambio. 5) El mercado mundial y las crisis (10).

En este programa se encuentra insinuada la razón por la que el Estado pertenece a un segundo nivel de estudio: el Estado no es sino un «resumen de la sociedad burguesa». Tres lustros antes, Marx, en años de lucha política como director periodístico de la *Gaceta Renana*, había hecho la experiencia de que no era la política el ámbito decisivo de intereses, sino la propiedad privada, como dicen primero el manuscrito de Kreuznach y sobre todo las colaboraciones en los Anuarios francoalemanes; y más precisamente, por encima de esas categorías jurídicas, son las formas históricas de trabajo quienes configuran decisivamente el tipo de Estado (tercer Manuscrito de París). Todo el esfuerzo de Marx va a consistir primero en arrebatar sus oropeles ideológicos al fenómeno del Estado e incluso al de la propiedad privada, a descubrir su matriz material, «científica» (en el sentido de la ciencia natural del hombre), a investigar a fondo toda la estructura secreta que sostiene uniformes, togas, allí donde se vuelve a encontrar la acción humana en su metabolismo colectivo con la naturaleza. Lo que Marx no consiguió fue reencontrar el camino desde la anatomía de la lucha de clases en el proceso de producción a la lucha política en el seno del Estado. Sus últimos trabajos —los comentarios a las obras etnológicas de Morgan, Phear, Maine— nos

de teorización. Pero no hace falta decir que esta concreción histórica es un límite. El mismo nombre «marxismo-leninismo» insinúa una simetría entre ambos componentes cuya validez no puede aspirar a exceder el caso de la Unión Soviética.

(10) *Grundrisse*, págs. 28 s.: OME, t. 21, pág. 32. Crf. OME, 21, pág. 204; NEW (Marx-Engel Werke), t. 26/1, pág. VI.

lo muestran intentando reunir materiales para esta tarea. Pero, pese a conservar su lucidez, Marx estaba roto ya física y psíquicamente, y las manecillas marcaban el fin de su tiempo.

Su decisión teórica fundamental estaba tomada ya en 1844:

En los *Anuarios Francoalemanes* he anunciado la crítica de la ciencia del Derecho y del Estado en forma de una crítica de la filosofía *hegeliana del Derecho*. Al reelaborar el texto para su publicación, la confusa mezcla de una crítica tocante sólo a la especulación con la crítica de las diversas materias en sí se ha mostrado verdaderamente inadecuada, entorpecedora para el desarrollo, dificultosa para la comprensión. Además, para poder condensar en *una* obra la riqueza y la heterogeneidad de los objetos a tratar, habría sido preciso un estilo realmente aforístico; y esta forma de exposición a su vez habría dado la *impresión* de una sistematización arbitraria. Así es que iré publicando en una serie de folletos independientes la crítica del Derecho, de la Moral, Política, etc., y por último trataré de presentar en una obra de por sí la cohesión del conjunto, la relación de las diversas partes entre sí y finalmente la crítica de la elaboración especulativa de ese material. Tal es la razón de que en la presente obra la relación de la economía nacional con el Estado, el Derecho, la moral, la vida civil, etc., justo se halle tocada y sólo en cuanto la economía nacional misma trata ex profeso de estos temas (11) .

Así fue «en la presente obra» y en todas las demás. Y así tenía que ser: desde el momento en que —aún sólo programáticamente— Marx renuncia a un lenguaje general, filosófico, para adoptar el lenguaje y el discurso de disciplinas concretas, tiene que quedar limitado a uno, o, en todo caso, pocos lenguajes sectoriales. Su mismo programa implícito lleva consecuentemente no al economicismo, pero sí a reducirse fundamentalmente a la exploración del ámbito económico. En el programa de 1844 la economía ocupa sólo *un* lugar; en definitiva, Marx parece conservar entonces la ilusión de un lenguaje filosófico con competencia general. En todo caso, al diluirse esa ilusión, no es el lenguaje económico —para Marx *un* lenguaje parcial— quien puede ocupar su lugar. El economicismo será, por tanto, el de quienes hacen del «marxismo» una nueva ideología, sustituyendo homológamente a religiones y metafísicas. Desde el momento en que no se es capaz de percibir lo innovador del marxismo, se le convierte en pasado.

(11) Prólogo de los *Manuscritos de París* (OME, t. 5, pág. 303).

De aquí se deduce directamente la precaria y sospechosa posición en que siempre se ha encontrado un «marxismo» empeñado en esgrimir la repetición de los «clásicos» a la hora de tomar decisiones políticas y establecer los pronósticos correspondientes. Por de pronto, Bahro plantea el tema más general: el del utopismo con el que Marx y Engels sobrevaloraron la madurez de los presupuestos para el comunismo:

(*ad 1*) El tema es en todo caso un tópico que dista mucho de estar todo lo claro que aparenta. Bahro piensa que el comunismo requiere desde luego una industrialización avanzada (pág. 144). Sin duda, un presupuesto plausible y hasta evidente, si se establece una tríada hegeliana: *a*) estado latente de las fuerzas productivas: comunismo primitivo; *b*) desarrollo de las fuerzas productivas: desarrollo de la propiedad privada; *c*) madurez de las fuerzas productivas: comunismo superior. Pero no está nada claro que este esquema corresponda a Marx. En la carta a Vera I. Sassulitsch (8 de marzo de 1881) y sus importantes borradores Marx ha afirmado rotundamente que en principio el comunismo superior puede empalmar directamente con el comunismo primitivo sin pasar por el desarrollo de la propiedad privada y su culminación capitalista. Todo depende de las *condiciones históricas*. En cuanto a sí mismo, dice que él sólo ha demostrado para «los pueblos de Europa Occidental» la «necesidad *histórica*» [subrayado J. M. R.] del paso de «la propiedad privada basada en el trabajo personal» a «la propiedad privada capitalista». La conclusión es que quizá no sólo al nivel de las relaciones de producción, sino también al de las fuerzas productivas, pueden darse situaciones históricas —aunque no sea el caso de Europa occidental— en que el comunismo no supone la industrialización. Quizá para Rusia Marx haya visto la industrialización como inevitable —ya dado el contexto europeo capitalista de Rusia— y desde luego como motor de un nuevo comunismo agrario, debido a la cantidad de maquinaria que requiere el laboreo moderno, más adecuado a la propiedad comunitaria que a la individual privada. Pero, ¿se puede afirmar hoy que Albania es el país europeo más alejado del comunismo, toda vez que es el menos industrializado? Las tesis de Marx se refieren a Rusia como realidad *histórica* propia, precisamente para distinguirla de otras y en cuanto no hay soluciones *generales*.

Pese a suponer que el comunismo requiere una industrialización avanzada, Bahro señala una condición central de la madurez de las fuerzas productivas para la transición revolucionaria:

La crítica a la sobrevaloración marx-engelsiana de la madurez de las fuerzas productivas ha de relativizarse. Dada la estructura ac-

tual de las sociedades industriales (de las dos formaciones), las fuerzas productivas no acaban nunca de madurar a pesar y a causa de su dinámica técnica (12).

Es decir, que las relaciones de producción vigentes controlan por ahora hegemónicamente su conflicto con las fuerzas productivas. La importancia creciente de la industria militar, o la orientación de la innovación en maquinaria hacia la eliminación de decisiones a los niveles directos de producción, son factores cualitativos que se suman a las crisis, desproporciones e incluso frenado directo de la producción.

¿Cómo es posible esto? En el primer borrador de la carta a Sassulitsch se ve el constante déficit teórico con el que Marx ha afrontado el problema de la transición. Es precisamente *el aspecto político de las relaciones de producción* el que queda más en la sombra. Marx estudia la contradicción immanente a la comuna rusa con su dualismo de propiedad privada y propiedad comunitaria. En este dualismo se encierra para él la «posibilidad» (nada más) de su disolución. Las *posibilidades* immanentes a un modo de producción son lo que especialmente interesa a Marx y el punto en que su metodología se muestra más perfilada. Cuando se trata, en cambio, del desarrollo *real*, Marx remite, por una parte, a la historia, por la otra, habla en términos generales de la acción estatal, sea describiéndola, sea proponiéndola. El primer borrador habla aquí de «condiciones económicas anormales» impuestas por el Estado. Lo que propone en cambio es sustituir las instituciones gubernativas comarcales por asambleas de labradores elegidas en cada municipio, «las cuales, como órgano económico y administrativo, servirían a sus intereses». El problema sería precisamente cómo realizar esta *posibilidad*, diagnosticar con precisión las fuerzas que sustentan al Estado en su obra de destrucción de la comuna rusa; determinar, por ejemplo, la *necesidad* con que se produjo «el acto de simple vandalismo inglés» (tercer esbozo) que arruinó la economía comunitaria de la India como emisario de la expansión internacional del capitalismo.

El desarrollo immanente de las fuerzas productivas encierra la *posibilidad* del comunismo. Pero, 1.º, esa posibilidad se encierra quizá también en otros presupuestos fuera de ese desarrollo; 2.º, el cambio real es el que determina lo que va a pasar con esa posibilidad. Y esta realización no sigue una pendiente marcada por la constitución básica de un modo de producción, sino que se halla determinada en la acción de niveles autónomos, cuya previsibi-

(12) (144). Aquí me he permitido corregir la por lo demás excelente traducción de Gustau Muñoz.

lidad no es del mismo tipo que la anterior: requiere un constante análisis, al que las consideraciones del nivel de «posibilidad» sólo suministran una orientación general. En este sentido no se puede esperar de Marx respuestas precisas más que en aquellos puntos históricos que ha trabajado con precisión. No debería llamarse «marxistas» a quienes piensan *lo que pensó* Marx, sino en todo caso a quienes *piensan* con él (13).

De todos modos, y aparte de que Marx se haya ceñido en lo fundamental a la ciencia de la *economía*, leyendo sobre todo el primero borrador de la carta a Sassulitsch, no se puede reprimir la impresión de que Marx no daba la suficiente importancia a los temas del Estado y del mercado mundial, que ya había sentenciado a la comuna rusa. También una revolución debería plantearse lo primero cómo transformar ese Estado. Por eso el «fracaso» de la revolución de octubre es situado correctamente por Bahro en el contexto no sólo de Lenin sino también de Marx y Engels.

(ad 3) Las mismas razones avalan otra tesis de Bahro:

En realidad, el concepto marxiano de proletariado expresa la utopía de que al capitalismo de la libre competencia le iba a seguir, tras una breve transición, directamente el comunismo (pág. 223).

En los *Manuscritos de París*, Marx había dicho:

La propiedad privada, aunque aparece como fundamento y causa del trabajo extrañado, en realidad es una consecuencia de éste; del mismo modo que *originariamente* los dioses no son causa sino efecto

(13) Esto vale especialmente del núcleo de la concepción marxista de la transición (cfr. *supra* el punto 9). Precisamente en la D. D. R., entre los historiadores, es hoy en día una hipótesis aceptada la de que las transiciones no se realizan en el centro de la formación económica-social, sino en su periferia; en este contexto se ha desarrollado las categorías de «centro histórico», «periferia». Véase: KLAUS NAUMANN: *Formationsanalyse, Entwicklungszentren, Weltgeschichte*, en Lars LAMBRECHT: *Gesellschaftsformationen in der Geschichte*. Berlín, 1978 (Das Argument, AS 32), páginas 7-34. Aquí se ve una vez más cómo las orientaciones generales sobre la estructura de la transición sólo tienen sentido dentro de cada ciencia —en este caso la *historia*—, donde reciben su concreción metodológica; el «marxismo» como ideología general es incapaz de dar orientaciones precisas, como el mismo Engels reconocía al definir las virtualidades de una posible filosofía del futuro (*Anti-Dühring*, Introducción I: OME, t. 35, pág. 245). En *politología*, en cambio, sólo conozco teorizaciones marxistas específicas de la transición dentro de los países capitalistas (Claus Offe, Antonio Negri).

de la confusión del entendimiento humano. *Posteriormente esta relación pasa a ser interactiva* (14).

Este «posteriormente» ha disfrutado de insuficiente atención, si no en Marx al menos en el marxismo. Aplicado al Estado, quiere decir que el tema del Estado no es tan externo al nivel de la producción y que no basta con un nuevo *esquema* de relaciones de producción y una toma del Estado para cambiar las cosas. El Estado tiene su dinámica, como la tiene la religión y la tienen otras formas secundarias de enajenación, como la tiene el capital incluso una vez eliminada la propiedad privada sobre los medios de producción; la «infraestructura» no basta para constituir *la* conciencia de clase, hecho decisivo a la hora del asalto a las «superestructuras». La «interacción» postulada en el primer Manuscrito de París obliga a ver en el funcionamiento del Estado algo tan fundamental como el «dualismo» inmanente a la comuna campesina rusa.

(ad 4-8) Más matización y reservas requieren en mi opinión las afirmaciones de Bahro sobre el hegelianismo de Marx. Marx dedicó lo mejor de varios años de su vida a denunciar a Karl Vogt, contra la opinión de todos los que le rodeaban, deseosos de verle concluir su crítica de la economía política. Pero el problema que se debatía en el caso Vogt era precisamente el de las relaciones del movimiento obrero con el Estado, y Lassalle, más bien partidario de Vogt, dio la línea que triunfaría contra Marx en 1914 con la socialdemocratización nacionalista del movimiento obrero. Anécdotas como ésta invitan a la prudencia antes de hablar de un supuesto hegelianismo a la inversa de Marx, sustituyendo el Estado por el modo de producción.

Desde luego que en *El Capital* el Estado brilla por su ausencia; pero ya hemos visto antes que el libro entero constituía sólo una parte de un plan más general, en el que el Estado y el mercado mundial ocupaban su lugar propio. En cuanto a que el Estado y no la propiedad privada constituyan, según Bahro, el fenómeno más amplio y más antiguo de enajenación, se trata de una afirmación por lo menos ambigua. Marx coincidía con Morgan desde luego en situar la irrupción de la propiedad privada ya en la raíz del cambio de la sucesión de parentesco matrilineal por la patrilineal. Y el Estado es incomprensible para Marx sin apropiación privada de la riqueza comunitaria —aun si ésta se sigue apropiando comunitariamente a nivel de los súbditos— por las individualidades autosegregadas que constituyen el

(14) OME, t. 5, pág. 358. Segundo subrayado, J. M. R.

antiguo gobierno comunitario en Estado más o menos democrático (15). La apropiación materialmente privada (por más formalmente comunitaria que sea) del plustrabajo social es ya el paso esencial que abre la era de la propiedad privada. A este nivel histórico corresponde el ejemplo de las Pirámides, aducido por Bahro en falsa simetría, por cierto, con los monumentos del estalinismo (mausoleo de Lenin). La postura de Marx me parece aquí más compleja que la de Bahro y más fundada. Esto vale aún más para las tres formas de enajenación que Bahro considera como no fundadas en última instancia en la propiedad privada:

- 1) La opresión y explotación de la mujer casi inmemoriales.
- 2) El dominio de la ciudad sobre el campo.
- 3) La opresión y explotación de los trabajadores manuales por los trabajadores mentales.

Marx ha estudiado el punto 1) en sus apuntes sobre Morgan, que contienen un esbozo de explicación de esta opresión en el contexto de la propiedad privada: sólo cuando ésta adquiere un cierto grado de desarrollo comienza a cobrar interés la sucesión de padres a hijos; la mujer, que antes, en el hogar comunitario, tenía la superioridad de contar ella con la parentela matrilineal y de tener en sus manos la administración de los recursos, queda aislada en la nueva familia y subordinada jurídicamente, toda vez que la garantía sucesoria sólo la establece el padre (16). Esta hipótesis, aparte de ofrecer una posibilidad de explicación en el contexto de la propiedad privada, recuerda también un punto elemental que Marx indica en el primer esbozo de la carta a Sassulitsch y es obvio en el contexto de sus apuntes etnológicos:

Lo mismo que en las formaciones geológicas, también en las formaciones históricas hay toda una serie de tipos primarios, secundarios, terciarios, etc.

No basta con decir arcaico, hay muchos grados de arcaísmo y tipos de propiedad privada, que deben ser distinguidos; la «propiedad privada» no es una categoría sino el nombre que delimita una serie de realidades históricas. En cuanto al dominio de la ciudad sobre el campo y de los trabajadores mentales sobre los manuales, evidentemente se trata de una apropiación de

(15) Véase Lawrence KRADER (Ed.): *The Ethnological Notebooks of Karl Marx*. Assen: Van Gorcum, 1972, pág. 329 (cfr. págs. 127-139, 143, 163, 170, 178 s., 206-233, 296 ss.)

(16) *Loc. cit.*, págs. 233-238.

plusvalía, que ha ido cobrando diversas formas históricas, además de las actuales de la propiedad privada jurídica. También aquí el concepto de apropiación es más amplio y funcional que el de propiedad privada, exclusivamente jurídico.

Aun con estas reservas, Bahro apunta a formas de explotación descuidadas por el marxismo oficial, debido a que no ocupan el primer lugar entre las opresiones específicas del capitalismo estudiadas por Marx. Son cadáveres que arrastramos en nuestro interior desde modos de producción anteriores, más arraigados, menos conscientes críticamente. Aquí una vez más la reducción del marxismo a Marx (e incluso por debajo de él) ha tenido carácter reaccionario y no sólo revolucionario.

De todos modos en este contexto, fundamentalmente certero desde el punto de vista *práctico*, Bahro da una interpretación de Marx que Marx mismo ha rechazado explícitamente:

Marx partió en general y ante todo de la idea de que la propiedad privada capitalista, es decir, la enajenación capitalista, contiene negada y asumida *toda* enajenación anterior. En los *Grundrisse* se refiere a la relación de capital explícitamente como *forma extrema de la enajenación* y la interpreta como punto necesario de tránsito que contiene en sí mismo ya la disolución de todas las relaciones limitadas, esto es, precapitalistas» (17).

El texto citado de Marx puede ser llamado hegeliano en el sentido de que Marx equipara —como años antes en los *Anuarios Francoalemanes*— «la forma extrema de la enajenación» con el «punto necesario de tránsito» (si bien Marx dice: *un* punto necesario de tránsito) y «la disolución de todas las relaciones limitadas». Parece, en efecto, que se trata de un punto privilegiado y exclusivo, y tal vez Marx lo pensase así al formularlo. (Algo semejante vale del famoso texto de la *Introducción* sobre la anatomía del hombre como clave de la anatomía del mono.) (18). Pero, como ya hemos visto, Marx ha afirmado expresamente que no ha sido tal la concepción de *El Capital*. Precisamente contra los «marxistas» que pretendían llevar Rusia a la revolución definitiva pasando por el capitalismo, Marx afirma que él sólo ha esta-

(17) (53). El pasaje citado de Marx se halla en los *Grundrisse*, págs. 414 s.: OME, t. 21, págs. 469 s.

(18) *Grundrisse*, pág. 26: OME, t. 21, pág. 29. En otra ocasión he llamado la atención sobre rasgos hegelianizantes muy acusados en la primera parte de los *Grundrisse*: J. M. RIPALDA: *Los límites de la dialéctica*, Materiales, n.º 11 (septiembre-octubre 1978), págs. 57-61.

blecido este camino en *El Capital* para Europa occidental. La idea se repite en todos los esbozos de la carta y al fin es lo único que Marx dirá a Sassulitsch:

Al analizar la génesis de la producción capitalista, digo:

«En el fondo del sistema capitalista se encuentra por consiguiente la radical separación del productor frente a los medios de producción... La base de toda esta evolución es la *expropiación de los cultivadores*. Aún no se ha realizado de modo radical más que en Inglaterra... Pero *todos los otros países de Europa occidental* recorren el mismo movimiento.»

La «fatalidad histórica» de este movimiento se halla, pues, restringida expresamente a los *países de Europa occidental* (19).

Este texto tardío, público y citando *El Capital*, tiene en todo caso mayor valor que un paréntesis en un borrador de cuando Marx estaba cumpliendo aún su fase definitiva de deshegelianización. Además y en general Marx no puede ser llamado hegeliano ni siquiera a la inversa. Hegel ha captado y reproducido intuitivamente las leyes del capital al nivel preciso del proceso de circulación (20). En este sentido Marx se considera deudor de él en su crítica de la economía política (21). Además Hegel ha captado el carácter constitutivo de una acción humana anterior a las psicologías funcionalizadas en una determinada formación político-social. En este sentido Marx le es inmensamente deudor, por ejemplo en el primer capítulo de *El Capital*. Pero esta herencia no es específica, sino que procede de toda la tradición emancipadora y más precisamente de la exaltación ilustrado-idealista de la libre productividad. Ninguna de las dos herencias obedece a una especificidad filosófica (22). Ya hemos visto que el hiato entre lógica e historia destruye la dialéctica hegeliana.

(19) Marx cita por la edición francesa (Roy); en la edición alemana la idea no se halla tan explícita. Cfr. OME, t. 5, págs. 360-362.

(20) En el capital «el valor se presenta repentinamente como sustancia en proceso y motora de sí misma, para la cual ni la mercancía ni el dinero son más que meras formas». (*El Capital*: OME, t. 40, pág. 170.) Hegel había dicho: «Todo depende de que lo verdadero no se aprehenda y se exprese como *sustancia*, sino también y en la misma medida como *sujeto*», es decir, también como proceso. (*Fenomenología del Espíritu*. México: F. C. E., 1966, pág. 15.)

(21) Cfr. verbigracia en la primera edición de *El Capital*, la nota 20 del primer capítulo.

(22) Cfr. mi obra sobre Hegel: *La Nación Dividida*. Madrid, México, Buenos Aires: F. C. E., 1978.

También se ve que carece de sentido acusar a Marx de «etnocentrismo». Al contrario, la actitud de Marx, desde luego en la carta a Sassulitsch y en los apuntes etnológicos, pero también en todas sus obra de madurez, es todo menos eso. No se es etnocentrista por ser especialista en historia de Europa, sino por el modo como se la practica.

(*ad* 9) Queda un punto importante suscitado por Bahro a partir de su experiencia de la burocracia en el «socialismo real»: la supresión de la propiedad privada sobre los medios de producción —o sea del capitalismo— no ha bastado para la emancipación (23).

Aquí la categoría «propiedad privada» es quizá lo que más estorba al avance sobre este grave problema. Como categoría *jurídica* —empleada además negativamente— no indica el verdadero meollo de la cuestión para Marx: la apropiación por los productores de sus medios de producción. Esta apropiación tiene que ser comunitaria; pero actualmente se realiza ante todo en la comunidad meramente formal del Estado, por tanto, no es lo suficientemente material, real. Y el Estado conserva su formalidad como correspondencia institucional del dominio del capital sobre él también tras la revolución. Esta capacidad del Estado por mantener su estructura «capitalista» (en el sentido de «capital», no de «capitalismo»), ayudado, sin duda, por circunstancias externas e interiores, es lo que Marx apenas previó más que en algunos relámpagos como el arriba citado en el primer Manuscrito de París. El marxismo tiene que ser capaz de recoger aquí *prácticamente* la vidente crítica de Bakunin citada por Bahro (págs. 46-49).

Hay un tema que Bahro no ha referido expresamente a Marx, pero que guarda relación con el problema de una persistencia tras la revolución del Estado bajo el capital: el de un modelo de desarrollo cuantitativo, eternamente insatisfecho e insatisfactorio, sólo verbalmente atento a las «necesidades radicales» de los productores (Agnes Heller) y destructor de la biosfera. El tema se refiere: *a*) a la inhumanidad continuada del «capital» tras la revolución, imponiéndose al nivel esencial de la producción, y *b*) a la antinaturalidad, en el sentido de destrucción directa de la naturaleza — y, por tanto, de nosotros mismos— que conlleva su furia deshumanizada, enajenada. (La enajenación fundamental sigue siendo, por tanto, la del capital, por más que se sirve de la máscara *autónoma* del Estado; Bahro no alcanza aquí el radicalismo de Marx.) El tema *b*) se refiere directamente a la ecolo-

(23) Cfr. también sobre el punto 9) *supra*, nota 13.

gía en el sentido hoy habitual; el *a*) indirectamente, aunque constituye su trasfondo real.

Kant fue el primero en plantear enérgicamente el tema ecológico en el sentido más amplio y fundamental: el de la relación del nuevo sentimiento de libertad productiva personal y social con, y frente a, la naturaleza. El reino de la libertad se opone en él radicalmente al reino inanimado de la necesidad (crítica de la razón práctica); la crítica del juicio busca una reconciliación entre estos dos ámbitos y el idealismo alemán seguirá la ruta marcada por el problema de esta reconciliación. Hölderlin, en los fragmentos del *Hyperion*, acusará a la virtud kantiana (personal y política) de matar la comunión con la naturaleza, aunque a la vez presienta en ella la posibilidad de una nueva armonía. Fichte lleva, en cambio, al extremo la violencia con que la subjetividad kantiana era capaz de enfrentarse y someterse el mundo; con ello se atrae la crítica de Hegel (final del artículo «Fe y Saber» del *Kritisches Journal*), por haber convertido la «naturaleza» en mero «mundo», obstáculo a la acción, «malo en sí», algo que hay que superar; la furia con que la actividad burguesa quiere en Fichte desecar los pantanos, apaciguar los terremotos, apagar los volcanes, etc., es a la vez según Hegel desprecio, incapacidad de respetar la naturaleza. La actividad misma del hombre forma un todo con la naturaleza, revela su esencia oculta. Feuerbach, aunque no recoge este aspecto de la actividad, desarrolla una concepción naturalista del hombre. Y el tercer Manuscrito de París recoge definitivamente de Hegel y Feuerbach —cfr. el comienzo del capítulo 5.º de *El Capital*— la concepción del hombre como la parte libre de la naturaleza, en simultánea continuidad y discontinuidad, metabolismo y lucha con ella. El tema ecológico lo plantea Marx desde los *Manuscritos de París* a *El Capital* con frecuencia, tanto tratando de la adulteración de los alimentos como de las condiciones respirables del aire. Pero su verdadera aportación es la que realiza a partir de la mejor tradición filosófica burguesa de la relativización de su acción en el respeto por la naturaleza y consciencia de la continuidad con ella, que debe guardar ya para poder seguir siendo humana.

Una vez más, Marx sólo es aquí un buen punto de partida, cuya incidencia es perceptible en los países del «socialismo real», pese a hallarse subdesarrollada, como Bahro denuncia con toda razón. Pero, ¿qué habría tenido que decir en el área «eurocomunista»? Aquí el marxismo *práctico* no ha hecho más que ir a remolque; en la *teoría* sigue aún sin despertar.

El libro de Bahro es en primer lugar una cantera de cuestiones centrales para el marxismo teórico y práctico, que aquí sólo han sido tratadas en sus aspectos más teóricos. Precisamente lo que distingue a Bahro de otros brillantes críticos del mismo sistema, como Kolakowski, es su capacidad de

integrar marxistamente el tema del Estado, en vez de dedicarse a impartir juicios éticos y demás muletillas televisivas, que sólo explican lo poco inmanente que es esa crítica.

En segundo lugar el libro de Bahro es también un arma política en una lucha dentro del «socialismo real», más difícil de evaluar a distancia, aunque la idea de una «liga de comunistas» contra el «partido» es sospechosa al menos de inmadurez o desesperación. Si he dejado aparte este tema político, es porque se trataba de intentar darle a Bahro una respuesta en el terreno teórico en el que él quiere recibirla. Su alto nivel de reflexión no sólo es estimulante, sino que requiere una respuesta a ese nivel. Por desgracia, en general, la discusión ha seguido demasiado el rumbo marcado por la prisión y condena de Bahro en la D. D. R. La disciplina sobre los intelectuales puede ser preferible a la opresión del pueblo, y en todo caso también entre nosotros sigue disfrutando de una paleta demasiado amplia de recursos (las perspectivas en este terreno son además sombrías). Pero el que un sistema tenga que reaccionar así ante el libro de Bahro y el mismo modo en que éste se ha producido indican algo más que la situación defensiva en que se encuentra ante un asedio permanente y global; indican lo que Bahro critica en él.